



MISAS Y LECCIONARIO

ANEXO 1

La liturgia y la vocación y misión SSCC

Renovación de la vida litúrgica a la luz del Concilio Vaticano II

1. El primer fruto del Concilio Vaticano II fue la Constitución sobre la Liturgia. El Movimiento Litúrgico, comenzado a fines del siglo XIX, permitió a la Iglesia renovar profundamente su vida de oración. El Concilio entendió que al renovar la liturgia, ella iba a “contribuir a la unión de cuantos creen en Jesucristo y fortalecer lo que sirve para invitar a todos los hombres al seno de la Iglesia”¹. Renovar nuestra manera de celebrar la presencia de Dios en medio de nosotros, es a la vez la renovación de nuestra comunión como religiosos y de nuestra misión en el mundo.
2. Varias décadas han pasado ya desde la finalización del Concilio Vaticano II, y los frutos de esta profunda renovación aún están madurando. Nuestra Congregación, desde su fundación, ha visto en la vida litúrgica un lugar privilegiado para edificar día a día a sus hijos en torno al Corazón de Jesús y del de su Madre. Nuestra Vocación y Misión es, en palabras de nuestros fundadores, la “Obra de Dios”. Es por lo tanto una obra sostenida en primer lugar por la gracia de Dios, y luego por nuestros esfuerzos cotidianos por responder fielmente al amor que gratuitamente hemos recibido. Lo que buscamos con la actualización de nuestros textos litúrgicos, especialmente el calendario litúrgico propio y el Ritual de la profesión, y su aprobación por la Santa Sede, es precisamente renovar esa respuesta al amor gratuito de Dios.
3. Nuestra consagración religiosa apela a una continua renovación, debe mantenerse fresca, de modo que nuestra vida entera sea una alabanza a Dios. Cada mañana se renueva el amor de Dios en nosotros, y cada tarde volvemos agradecidos por su fidelidad. La vida de oración de la comunidad se convierte así en el primer lugar de formación permanente para todos los miembros del Instituto.

El Fundador y la liturgia

4. Con ocasión de la petición a la Santa Sede para la aprobación de nuestro primer Ceremonial, de 20 de octubre de 1824, el Buen Padre habla en su escrito de “promover” la devoción a los Sagrados Corazones y de “promover” la piedad de los hermanos y hermanas. Devoción y piedad, dos maneras que tiene el P. Coudrin para referirse a la vida interior de sus hijos e hijas.

¹ Constitución sobre la Liturgia *Sacrosanctum Concilium*, n°1.

Aquella vida interior y de relación profunda con Dios que él mismo experimentó como hombre consagrado y que quiere transmitir a quienes sigan al Señor en nuestra familia religiosa.

5. “Promover” es un verbo que significa iniciar o impulsar una cosa o un proceso procurando su logro. Es decir, nos sugiere que la oración, personal y comunitaria, no es algo dado de una vez para siempre, ni ya adquirido, ni mucho menos algo que hay que dar por sabido o por ya aprendido. Es una dimensión de nuestra vocación que está en constante evolución, que necesita crecer, ser alimentada, debe renovarse cada vez. Por eso el Fundador dice, respecto al ceremonial, que éste debía ayudar a que los novicios, desde la primera ceremonia de recepción, “percibieran qué celo debía dirigir sus mentes, qué caridad inflamar sus corazones, qué fervor encender sus plegarias, qué sumisión debía acompañar todos sus actos”. Respecto de los profesos, el ceremonial debía ayudarlos a que fueran en toda su vida “fervientes en la salmodia, perseverantes en la adoración y en la reparación (...)”. Y termina diciendo que en la oración se renueva en el hermano “el espíritu de su vocación”.
6. Los religiosos entramos en la vida religiosa en primer lugar para “estar con el Señor” y también para “ser enviados a predicar” (Mc 3,14). Estar con Dios reviste múltiples maneras. Una muy especial es la vida de oración y la liturgia de la comunidad. Aquí encontramos el lugar y el momento para “promover” cada vez más en cada uno la adhesión a la persona de Jesús, con la confianza que tuvo la Virgen María en la Obra de Dios.

“*Mens concordet voci*”, de la acción al espíritu interior

7. San Benito es el patrono secundario de la Congregación y padre de nuestra regla. La suya es de alguna manera inspiración para la nuestra. Benito señala en el n° XIX de su Regla cual es el espíritu que debe inspirar el rezo del oficio: “consideremos pues cómo hemos de tenernos bajo la mirada de la divinidad y de sus ángeles, y salmodiemos de modo que nuestro espíritu se acorde con nuestra voz”. De aquí está tomado el famoso adagio “*mens concordet voci*”, que cita entre otros el Concilio Vaticano II ² y la Ordenación General de la Liturgia de las Horas ³. Lo primero que enseña el padre del monacato en occidente es que en la liturgia estamos “*in presentia*”, ante la presencia de Dios, bajo su mirada, dentro de su influjo. De tal modo que cada vez que entramos en la capilla de nuestras comunidades, nos situamos ante Dios. El espacio, las acciones y las palabras tienden al encuentro con Dios.
8. El adagio sugiere que el espíritu debe concordarse con la voz. Lo primero es la voz y luego el espíritu; es decir, hay que dejar al espíritu impregnarse de los salmos, de la Palabra de Dios. Esta Palabra es la escritura que nos transmite a la persona misma de Jesús. Esa es una intuición de la Regla de San Benito: la relación que existe entre la interioridad y la exterioridad de nuestro ser. El movimiento va desde el exterior hacia lo profundo de nuestro ser religioso. Hacemos en primer lugar oración con nuestro cuerpo, como nos lo requiere la liturgia, sacamos la voz, de modo que esta acción mueva nuestra “*mens*”: espíritu, mentalidad, interioridad. Un ejemplo de esto nos lo dan los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35), quienes no reconocían al Señor, ni comprendían las escrituras, pero al recibir a Jesús en su mesa lo reconocieron verdaderamente. Ellos, al poner en práctica la hospitalidad, comprendieron lo sucedido; igualmente nosotros, al poner en acto nuestra oración vamos llenándonos del espíritu que animó al Sagrado Corazón a “dar la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

² *Sacrosanctum Concilium* n° 11 y 90.

³ Ordenación general de la Liturgia de las Horas n° 19, 105 y 108.

Nos asociamos a la oración de la Iglesia. Celebrar nuestra fe común

9. Rezamos como Cuerpo de Cristo al que pertenecemos por nuestro bautismo y en el que por nuestra profesión religiosa se nos asigna un lugar propio junto con los demás religiosos. “Los tiempos litúrgicos y las fiestas de la Iglesia dan forma y espíritu a nuestra vida de fe y de oración a lo largo del año”⁴. El año litúrgico despliega el misterio pascual de Cristo, y la liturgia nos permite asociarnos como comunidad a este misterio, de modo que tengamos vida y “vida en abundancia” (Jn 10,10). Las fiestas de nuestra familia religiosa no buscan reemplazar la liturgia de la Iglesia⁵, sino sumarse a ella, de modo que durante ciertos días en el año nuestra oración adquiera un tinte familiar. Nos recordamos a nosotros mismos que dentro de la espiritualidad de la Iglesia, la nuestra tiene ciertas características especiales, que se enriquecen y expresan por los acentos que ponemos en la oración, y que son una herencia de nuestros fundadores.
10. El sacrificio de Jesús por sus amigos y por toda la humanidad se actualiza con la celebración de los sacramentos, particularmente de la eucaristía⁶. Litúrgicamente es un “sacrificio de acción de gracias”. Damos gracias a Dios nuestro Padre por todo lo que él ha obrado en nosotros a través de Jesús y de su Espíritu. Reconocer la obra de Dios es motivo de alegría y de celebración en la comunidad creyente. Lo que vale para la eucaristía también vale para todas nuestras oraciones, que deben ser ante todo una celebración: celebración del misterio, celebración de la presencia de Dios en medio de nosotros y celebración de la vida propia de cada comunidad. No nos celebramos a nosotros mismos, sino al misterio del amor de Dios que se hace presente en nuestras vidas a través de diversas mediaciones.
11. Este espíritu de celebración nos mueve a no mirar nuestra liturgia cotidiana como una obligación o una tarea que hay que cumplir, sino como una fiesta. Celebración de la fe en medio de las alegrías y de los dolores de cada día. Estamos llamados a darle vida a nuestras celebraciones y a habitar realmente los lugares de oración. Lo hacemos con la clara conciencia de que ellos, a su vez, nos transmiten la vida. No vivimos para el rito, pero muchas veces somos sostenidos por la oración, y de la Palabra de Dios, orada y cantada, obtenemos la fuerza para la misión y la sabiduría para vivir nuestra consagración de cara a Dios.
12. La Iglesia es siempre asamblea convocada, y podemos decir que no hay nada cristiano que no sea comunitario. No podemos rezar sino como miembros del Cuerpo de Cristo al que pertenecemos por el bautismo, y como cuerpo no estamos nunca solos, siempre estamos con otros, en otros, en el Otro. Ese cuerpo que somos se manifiesta en nuestras capillas cuando estamos reunidos, y en la presencia en ellas de elementos materiales constitutivos de nuestra historia y espiritualidad. Se manifiesta por la oración en común, como el rezo vespertino de la Salve, donde nuestros fundadores vieron un elemento de unión al interior de la naciente familia religiosa. Cada vez que un hermano o hermana se encuentra a solas con el Señor, lo hace en comunión con todo el cuerpo, y los horizontes de su oración se amplían hacia tierras lejanas, hacia la misión que el Señor nos ha confiado como religiosos.

El Calendario nos recuerda nuestra Vocación y Misión

13. En los orígenes de la Congregación, en un contexto social y eclesial muy difícil, nuestros fundadores buscaron inspiración en muchos santos, “y no hay duda que la frágil comunidad llena de grandes ambiciones espirituales, quería encontrar en la historia de la Iglesia el secreto

⁴ Constituciones Hermanos nº 55.

⁵ “Por la liturgia de la Iglesia nos unimos a todo el pueblo de Dios, que revive cada año los misterios de la vida de Cristo, y participa en la obra de la salvación”. (Constituciones hermanas, nº 41).

⁶ Relato de la Institución en las plegarias eucarísticas.

de una restauración sólida de la vida religiosa, cuando humeaban sus ruinas en Francia”⁷. En fidelidad con nuestros fundadores y con la Iglesia, buscamos siempre renovar nuestra vocación a la luz de aquellos hombres y mujeres de Dios que nos han precedido.

14. Nuestros fundadores tuvieron una rica vida espiritual dentro de la tradición de la Iglesia, y de este modo fueron múltiples las influencias e inspiraciones que recibieron de muchos santos y santas de Dios. Al hacer memoria de ellos nos unimos más fuertemente a nuestro pasado y a nuestra espiritualidad. El Dios de Jesucristo, el Dios de la Encarnación, se nos ha manifestado a través de personas y eventos concretos; nuestra oración los trae al presente y nos abre hacia el futuro de la acción de Dios.
15. Los Estatutos, tanto de los hermanos⁸ como de las hermanas⁹, contemplan un calendario con las fiestas especiales de la Congregación. Se trata de las fechas principales, mas no las únicas de las cuales hacemos memoria. Los Estatutos de las hermanas fijan el calendario de las fiestas que celebramos especialmente en los números correspondientes a la “Vida comunitaria” y los de los hermanos en los dedicados a “Comunión en la Misión”. La importancia de recordar las fiestas radica en la capacidad de éstas para congregar a la “familia”, a la comunidad, en torno a la comunión con Dios, con nuestra historia y con el espíritu que debe animar nuestra misión. “Buscamos fomentar entre todos un clima que favorezca una vida sana de oración personal y comunitaria dentro de nuestras comunidades”¹⁰.
16. Dichas fiestas especiales, así como ciertas oraciones tradicionales de la Congregación, fueron vistas por nuestros Fundadores como agentes de comunión, ya que nos reúnen en torno a la oración. Así por ejemplo, “el canto de la Salve Regina, especialmente al final del día, es un homenaje filial a la Santísima Virgen, que nos es muy querido desde los tiempos de nuestros fundadores”¹¹. Sabemos bien que durante los primeros años de la Congregación, los hermanos y hermanas se sentían unidos sabiendo que se rezaba la Salve al mismo tiempo en todas las casas. Era un momento de comunión. Tal es el espíritu que hoy inspira la celebración de estas fiestas de familia.
17. El Rito Romano para las diócesis del Congo, prevé la invocación de los santos al comienzo de la celebración de la eucaristía. Toda la comunidad está invitada a entrar en comunión con su historia y con todos aquellos hombres y mujeres que la han forjado. Personas que por su manera de vivir el Evangelio de Jesús son fuente de inspiración para nosotros hoy. Ese mismo espíritu es el que anima la memoria de estas fiestas de la familia SSCC. Entramos en comunión con Dios a través de las huellas que nos ha dejado su paso. Es conocida la expresión de la Buena Madre, “todo el cielo estaba allí”, refiriéndose a ciertos momentos de la vida de oración de la comunidad. Esta memoria nos ayuda a hacer efectiva, en nuestra comunidad religiosa, la comunión de los santos.

Organización del día en torno a la oración comunitaria

18. En comunión con toda la Iglesia, nuestras celebraciones giran en torno al año litúrgico, que descansa sobre el doble quicio de la Pascua y la Navidad, resurrección y encarnación. Del mismo modo nuestro día, con la eucaristía como centro del mismo, busca estructurarse en torno

⁷ Juan Vicente González Carrera ssc “El padre Coudrin, la madre Aymer y su comunidad”, Roma, 1978, Pág. 426.

⁸ Estatutos Hermanos n° 18.

⁹ Estatutos Hermanas n° 20.

¹⁰ Estatutos Hermanos n° 15.

¹¹ Estatutos Hermanos n° 21.

a dos polos: laudes y vísperas. Así nuestra misión encuentra su fundamento en Dios, y todo nuestro quehacer se tiñe de la Palabra de Dios que celebramos en común. “La oración comunitaria es un elemento clave dentro del proyecto de vida con que edificamos nuestras comunidades. La Liturgia de las Horas, especialmente Laudes y Vísperas, ocupará en ella un lugar privilegiado”¹².

19. “Nuestra oración es sobre todo respuesta al amor de Dios manifestado en Jesús. Respuesta libre, gratuita, como el amor recibido. No es utilitaria, no “sirve” para nada, no es medio para conseguir algo, sino “que tiene su valor por sí misma”¹³; es diálogo vivo de amor y de amistad entre el corazón del discípulo y el Corazón del Maestro”¹⁴. Este encuentro gratuito con el Señor no se da por casualidad; debe ser bien preparado y querido por cada uno y por la comunidad. Por eso nos preocupamos de fijar tiempos diarios de oración y de evaluarlos periódicamente en comunidad, de manera que nos ayuden realmente al encuentro con Dios. Nuestra alabanza a Dios tiene un carácter unitario, y la comunidad hará un esfuerzo por reunir en una misma oración todas sus tradiciones y devociones en la medida que sean compatibles. Se evitará de ese modo todo paralelismo en la oración, a fin de no superponer distintos tipos de alabanza.

La Adoración

20. La adoración forma parte del patrimonio original de nuestra Congregación. Es una tradición viva, permanente fuente de vida de nuestra espiritualidad. Al celebrar la eucaristía, la vida de fe de la comunidad no ha dejado nunca de alimentarse de la doble mesa: la de la palabra de Dios y la eucarística. La adoración es una prolongación de ambas mesas. Nuestra manera de hacer la adoración no podrá nunca desvincularse de la eucaristía, y estará siempre en referencia al altar; del mismo modo, la palabra de Dios no puede dejar de escucharse ya que es Cristo mismo el que “está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es él quien habla”¹⁵.
21. La adoración vivida de una manera personal siempre ha estado presente en nuestra tradición. El tiempo ha ido incorporando otras maneras de realizarla, y que han sido bien acogidas por el conjunto de la Congregación, como son las adoraciones comunitarias, en reuniones congreganistas y con la familia SSCC amplia. En estas diferentes manifestaciones, la entrada en comunión con Dios nos ayuda a entrar en comunión también con todas aquellas personas que forman parte de la Congregación o que están unidas a ella. Lo hacemos de una manera sencilla y profunda a la vez; nuestro estilo nunca ha sido ostentoso, sino simple. Adoramos a Cristo y adoramos con Cristo al Padre en el Espíritu. Nuestra oración se da en torno al sacramento del altar, es alimentada por la palabra de Dios y da una gran importancia al silencio, precisamente para favorecer la comunión.

Cuidado por los espacios y tiempos

22. La vida de oración de la comunidad es vivida al ritmo del año litúrgico, y para ayudarnos a vivir bien cada tiempo litúrgico es importante disponer para ello el cuerpo y el espíritu. Palabra de Dios, oraciones y música, a la vez que la ambientación y el cuidado de nuestros lugares de

¹² Constituciones Hermanos n° 57.

¹³ Constituciones Hermanos n° 50.3.

¹⁴ Guillermo Rosas ssc “La experiencia de Dios. Oración, sacramento, liturgia” en *Un carisma en la Iglesia. La Congregación de los Sagrados Corazones*, Roma, 1998, Pág. 173-174.

¹⁵ *Sacrosanctum Concilium* n° 7.

oración, nos ayudan a entrar en la celebración del misterio del Dios encarnado. De este modo permitimos al año litúrgico ejercer su rol de pedagogo del misterio de Dios (mistagogia).

23. Es deseable, para cumplir tal propósito, que nuestros espacios litúrgicos sean lugares adecuados de celebración. La presencia de los diferentes colores litúrgicos, la visibilidad del libro de la Palabra, las velas encendidas y la presencia de las manifestaciones artísticas de cada cultura, entre otros, ayudan a que nuestros espacios sagrados inviten a la celebración del misterio cristiano. La ley de la encarnación nos invita a mirar con confianza la creación entera, porque todo puede ser lugar para la manifestación de Dios. El espacio litúrgico y su mobiliario, los objetos sagrados y los diferentes elementos estéticos así como la música, están al servicio de la experiencia de Dios. Son capaces de generar espacios y momentos donde la gracia de Dios se nos manifiesta de un modo vivo y eficaz. Estamos invitados a discernir constantemente sobre la calidad de nuestras celebraciones y sobre la pertinencia de nuestros espacios y objetos.
24. Sabemos que Dios está en todos lados y que no nos es posible determinar un lugar único de su presencia. Pero para cada uno de nosotros, el encuentro con Dios se hace en lugares concretos, y estos encuentros transforman estos lugares en memoriales del encuentro con Dios. La sacralidad de nuestros lugares de oración, capillas y oratorios, no les viene dado por una especie de “aura” particular, sino del hecho que Dios ha dejado la huella de su paso inscrita en dichos lugares. La presencia del Santísimo Sacramento en nuestros oratorios adquiere una significación particular, “permanece como centro de la comunidad: como recuerdo de la presencia permanente de Cristo en su Iglesia para mantenerla en la unidad, signo de la fidelidad de Dios a la alianza e invitación a responderle con una fidelidad análoga”¹⁶. Entrar en estos espacios es ir a la búsqueda de Dios, es hacer memoria del paso de Dios por nuestras vidas. Por lo tanto procuramos que estos lugares, por su silencio, ambientación y disposición, faciliten el encuentro.

El arte de celebrar

25. La preocupación por los lugares de oración supone también el cuidado por el buen desarrollo de nuestra vida litúrgica y de oración. Existe un “arte de celebrar” en la liturgia, y consiste en la buena puesta en obra, en orden, de todos los elementos visibles, audibles, palpables, sensibles y gustables que constituyen la celebración y que permiten a lo invisible de la gracia y de la fe, ser manifestado plenamente; he ahí el núcleo de la cuestión: la plena manifestación de la gracia de Dios. Es la buena puesta en escena también, de los movimientos, comportamientos, cantos, personas, actitudes y objetos; todo esto en el momento justo, a tiempo, en el buen lugar, respetando los espacios, con un buen tono de comunicación, en coherencia con lo anterior y posterior. Todo ello para hacer visible y palpable la gracia que brota de este encuentro con el Dios de la encarnación.
26. Dice la Constitución *Sacrosanctum Concilium*: “Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica... En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro. En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia”¹⁷. El arte de celebrar está entonces al servicio de este encuentro con Dios, de su obra; estamos invitados a poner todos los medios necesarios para este encuentro.

¹⁶ Regla de Vida, n° 64.

¹⁷ *Sacrosanctum Concilium* n° 7.

El silencio

27. El silencio forma parte de toda celebración. Favorece el recogimiento y la oración; permite también la meditación breve sobre lo que hemos recitado y orado, por ejemplo entre dos salmos, y nos invita a la alabanza, tras un himno o una de las oraciones de la comunidad. “Es laudable que se guarde, ya antes de la misma celebración, silencio en la iglesia, en la sacristía, y en los lugares más próximos, a fin de que todos puedan disponerse adecuada y devotamente a las acciones sagradas”¹⁸. Estar juntos en la oración no supone llenar todo los espacios con nuestra voz, nuestros cantos o con una música de fondo. Un diálogo verdadero con Dios supone el silencio, para dejar a Dios el tiempo de actuar en medio de la comunidad. “Hay que evitar toda forma de precipitación que impida el recogimiento. Conviene que haya en ella (la celebración) unos breves momentos de silencio, acomodados a la asamblea, en los que, con la gracia del Espíritu Santo, se perciba en el corazón la palabra de Dios y se prepare la respuesta a través de la oración”¹⁹.

Las oraciones de la Congregación

28. En la tradición de la Congregación no ha habido muchas oraciones propias. El oficio parvo de los Sagrados Corazones, bien breve como su nombre indica, fue promovido por el fundador. La adoración es la que siempre ha ocupado un lugar de relevancia. En algunas partes de la Congregación existe la tradición de rezar algunas oraciones llamadas propias de la Congregación. La utilización de estas oraciones, que quieren expresar y alimentar nuestro espíritu SSCC, no debe suponer nunca un rebajamiento de la centralidad de la “Liturgia de las Horas”, particularmente las laudes y las vísperas, en la vida de las comunidades locales, en comunión con toda la Iglesia y dándole la tonalidad congregacional en aquellos días que nuestro calendario SSCC señala alguna celebración particular. Igualmente es impropio del sentido celebrativo la acumulación de oraciones, unas tras otras, ya sea antes o después de la Liturgia de las Horas. Momentos adecuados para estas oraciones en la vida de la comunidad local podrían ser durante las adoraciones comunitarias, celebraciones de la Palabra, para iniciar tiempos comunes (diarios tal vez) de meditación, para abrir o concluir reuniones, etc. Naturalmente que siempre son valiosas para la oración personal.

29. En la Congregación no carecemos de hermanos y hermanas capaces de componer bellas oraciones que expresan aspectos de nuestra espiritualidad. Algunas oraciones mantienen su fuerza a pesar del paso de los años. Otras, que se han rezado durante años, no responden a la sensibilidad ni al lenguaje teológico de hoy. Como un servicio más para ayudar a la animación de la oración personal y comunitaria, se ofrece en la página web de la Congregación una colección de oraciones que tienen una conexión particular con nuestra espiritualidad, ya sea por que sus autores son SSCC o por su temática.

La Virgen María

30. Nuestro seguimiento de Cristo encuentra en María, la Virgen, un modelo. Decimos que ella nos precede y acompaña en este camino²⁰. Nos acompaña, y bajo la advocación de Nuestra Señora de la Paz ha protegido a nuestras misiones; nos precede, y como Corazón Inmaculado nos ha enseñado a amar sin divisiones a su Hijo Jesús. Por eso, desde la primera hora de nuestra

¹⁸ Instrucción General del Misal Romano, n° 45.

¹⁹ Instrucción General del Misal Romano, n° 56.

²⁰ Constituciones n° 3.

fundación, la comunidad se reunía para orar a Dios y era convocada por el rezo tradicional de la Salve. Momento de comunión entre todos. María no cesa de convocarnos, y ya sea con la Salve u otros cantos apropiados, cada tarde, sobriamente, hacemos memoria de las maravillas obradas por Dios en ella y también en nosotros. Esta genuina expresión comunitaria del amor a María, puede verse enriquecida con el reconocimiento de nuestra fe en el Dios de la encarnación a través del rezo del Ángelus y del Rosario. Ambas oraciones nos ponen ante el misterio de la manifestación del Salvador, que no nos cansamos nunca de meditar.

Unidad en la diversidad

31. Los diferentes materiales litúrgicos que se ofrecen quieren ser instrumentos de animación y comunión de todas las comunidades locales y de cada uno de los hermanos y hermanas. Nada podrá sustituir el esfuerzo personal y comunitario de preparar, cuidar y revisar nuestras celebraciones comunitarias. Aquí precisamente es donde entra en juego la capacidad de cada comunidad para adaptar, con sentido profundo de lo que es la liturgia cristiana, los diversos elementos que se ofrecen a la realidad concreta de cada comunidad. La liturgia de nuestras comunidades se verá enriquecida si en ella se expresa la cultura en la que viven las comunidades. La espiritualidad de nuestra Congregación, una Congregación internacional, está abierta a todos los pueblos, y se verá enriquecida en la medida que el carisma se hace presente en otras culturas y es expresado culturalmente de maneras diversas.